

La Realidad Está en los Sueños

POR JULIO CORTAZAR,
exclusivo en México para EXCELSIOR

UN centro cultural de las afueras de París, organizador de unas jornadas sobre América Latina, pidió a un político, a un artista y a un intelectual que resumieran en dos páginas su idea de la unidad latinoamericana vista desde las ópticas respectivas; en mi caso, pues, se trataba del enfoque correspondiente a un escritor latinoamericano.

Desde luego, dos páginas son pocas páginas, y además era necesario escribir para que todo el mundo entendiera, vaya faena. De ahí lo que sigue, con un corolario que agrego a posteriori y que es mi propia fiesta.

Vista desde fuera, América Latina puede dar una impresión general de unidad dentro de la diversidad; el trasfondo indígena de sus culturas, sobre el que viene a insertarse la marea de la conquista (lo blanco, lo europeo, específicamente lo español y lo portugués), son elementos aglutinantes que imprimen su marca en el conjunto de las naciones latinoamericanas.

Vista desde ella misma, sin embargo, esa unidad se reduce sólo a lo lingüístico (si el portugués difiere del español, la diferencia es sólo parcial con respecto a lo que significarían lenguas como las eslavas o las asiáticas). Fuera de ese denominador común, la unidad es una ilusión o mejor, una pre-realidad escamoteada, escondida, disimulada y sistemáticamente combatida por quienes sostienen el viejo y eficaz principio de "dividir para reinar".

★
EN este terreno coinciden los intereses imperialistas y alienantes que a lo largo de

la historia han ejercido su influencia en nuestras naciones, y los intereses internos de los sistemas sociales y políticos basados en criterios de nacionalismo estrecho, de diferenciación desafiada con respecto a los países vecinos. Los niños argentinos son educados para que desconfíen de los chilenos y los brasileños, y viceversa; el deporte, barómetro de los pueblos, abunda cotidianamente en ejemplos de una rivalidad que fácilmente asume la dimensión del odio. El sueño de Simón Bolívar —los Estados Unidos de América Latina— es realmente eso, un sueño.

Al igual que muchos revolucionarios, la gran mayoría de nuestros intelectuales tiene plena conciencia de esta balcanización nefasta, y si alguna importancia asume el hecho de escribir y publicar

en América Latina, ello se debe a que poco a poco, pasando por muchas etapas, la labor de los escritores empieza a iluminar la conciencia de los pueblos en este terreno, a mostrarles que por debajo de fronteras y banderas minuciosamente trazadas y agitadas por los nacionalismos imperantes, existen raíces comunes entre nosotros, algo que no solamente es una comunidad lingüística sino también histórica si entendemos la historia no tanto como mero pasado sino como preparación y previsión del futuro.

En este sentido los escritores más significativos, desde los tiempos de nuestras luchas libertadoras —pienso en un José Martí en Cuba, en un Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, entre muchos otros— hasta los contemporáneos —poetas como Pablo Neruda o novelistas como Asturias o García Márquez— se caracterizan a pesar de sus enormes diferencias por un rasgo común que es precisamente el de buscar nuestra identidad latinoamericana, nuestra verdad profunda como pueblos y como individuos, destruyendo más caras y mentiras, liquidando prejuicios y tabúes, mostrando o creando los elementos necesarios para que los diferentes pueblos reconozcan cada vez más que participan de una misma y profunda corriente telúrica e histórica que los une en vez de separarlos, que los llama a comprenderse en vez de atrincherarse en fronteras belicosas y en slogans chovinistas.

★
INUTIL es agregar que estamos muy lejos de haber alcanzado una noción clara de esa identidad —de la que debería desgajarse automáticamente la noción de unidad profunda, de unidad dentro de las particularidades y las diferencias—.

Estamos muy lejos porque vivimos tiempos de desunión y de discordia, pero con ello mismo la presencia y la irradiación espiritual de los mejores escritores latinoamericanos tiene un sentido positivo que, unido a las corrientes políticas de auténtica liberación popular, nos llevará un día a nuestro terreno común, a nuestra gran patria lati-

Unidad Latinoamericana

Sigue de la página siete

noamericana, esa enorme casa de muchas habitaciones en las que los pueblos habitarán un día como habitan una familia en su casa: conociéndose, habiéndose, queriéndose.

El corolario inevitable es que, como ya tantas otras veces, muchos me tratarán no solamente de visionario sino de irrealista y de ingenuo, tres eufemismos para calificarme de estúpido.

Como Martin Luther King, no vacilo en decir: **soñé un sueño**, y tampoco vacilo en contarlo como acabo de hacerlo. Es simple y definitivo: creo en mi sueño. Creo que mi sueño será una realidad.

Creo que el sueño de Simón Bolívar es históricamente mucho más real (por justo, por inteligente, por lógico, por útil, por cómodo, por práctico) que la falsa compartimentación de nuestro ajedrez de

suicidas.

No puedo saber cómo será el mundo dentro de cien años. Pero en el peor de los casos, si fuera el peor de los mundos, haría fiero que sus historiadores me citen como un utopista ingenuo que como uno de los precursores de un infierno fascista y tecnológico. Siempre habrá alguien allá para recomenzar el camino hacia la realidad final del sueño.

(Distribuido por EFE)